

Manuel ARDIT, Els homes i la terra del País Valencià (segles XVI-XVIII). Barcelona, 1993, 2 vols. (320 y 331 pág.)

Si en los últimos tiempos han dado en proliferar las historias generales de ciudades, regiones y nacionalidades generalmente de colaboración múltiple, la obra que nos ocupa hay que encuadrarla en otra dimensión más ambiciosa. Concuere con aquéllas en que trata de ofrecernos una visión actualizada y sintética de los problemas pero se separa en el tema, aquí limitado a un sólo campo historiográfico como es el de la historia rural, y en la realización por cuanto un sólo especialista es el encargado de lidiar con un campo tan vasto y complejo. Sin embargo, creemos que el autor sale bien parado de este envite porque ha sabido enfrentarse a los temas más arduos sin soslayarlos guardando siempre un encomiable deseo de moderación e imparcialidad y solamente apuntando nuevas perspectivas allí donde sus propias investigaciones le daban autoridad para hacerlo no faltando en este caso incluso alguna que otra rectificación personal sobre aspectos polémicos en los que había participado el propio autor. Estamos pues, de acuerdo con nuestra honrada y modesta convicción, ante una espléndida síntesis sólo posible para quien lleva dedicando ya muchos años a este campo y para quien demuestra un conocimiento envidiable y actualizado de esa brillante y abrumadora bibliografía valenciana. En efecto, más de mil notas y más de 750 títulos avalan el rigor con que fue elaborada esta síntesis siendo lo más sorprendente el que el 40% de tales títulos fueran publicados entre 1985 y 1991, año en que fue redactado el original de esta obra. Esto es sinónimo incuestionable de la juventud y potencia de esta historiografía valenciana pero también refleja la magnífica puesta al día del autor.

Cuatro grandes apartados configuran el armazón central de esta obra. Un corto apartado, creemos que premeditadamente breve, recoge las últimas aportaciones de las recientes investigaciones surgidas en el campo demográfico. Así esta publicación puede beneficiarse de los recientes Congresos de 1986 y 1990 celebrados en el País Valenciano además de la fundamental Tesis Doctoral inédita de Serafí Bernat con lo que nos ofrece una evolución casi definitiva de la población valenciana en los tiempos modernos con pocas posibilidades de ser revisada de manera sustancial en lo que se refiere a los siglos XVII y XVIII quedando todavía vacilante el crecimiento del siglo XVI por debilidad de las fuentes disponibles. También se arroja bastante claridad sobre el modelo demográfico superándose, creo que con acierto, los resultados tan discordantes de la microdemografía. Una elevada fecundidad y una mortalidad "moderadamente severa" a la que se suman pequeñas variaciones en los patrones de nupcialidad sirven para explicar de forma razonable el desarrollo de una población que logra triplicar sus efectivos entre 1609 y 1857. La tesis inmigracionista queda ya descartada y las inyecciones foráneas quedan reducidas al quinientos y a la repoblación posterior a la expulsión morisca, aquí revisada al alza al retomar los datos un tanto arriesgados de P. Pla.

Un amplio capítulo dedicado a estudiar los cultivos, la productividad y las técnicas agrarias permite comprender como este modelo valenciano fue capaz de asimilar este avance importantísimo del número de hombres. Abandonando la tesis clásica de la respuesta extensiva y de la ampliación del espacio cultivado —sin duda real pero insuficiente— Manuel Ardit se concentra sobre todo en el estudio del regadío y en los principales cultivos de huerta (trigo, maíz, morera, arroz, cáñamo, productos hortícolas...) para apuntarse a la respuesta intensiva con el triunfo de una agricultura comercial conformada sobre todo entre 1680 y 1780, mucho antes de cuando la situaban las investigaciones precedentes; incluso el secano no escapa a esta interpretación comercialista a través del sector vitícola. A pesar de su crónica debilidad ganadera y gracias a los esfuerzos realizados en materia de abonado —facilitado por unos suelos óptimos añadimos nosotros—

lograron obtenerse unos rendimientos que "estarían entre los más altos de Europa" y unas altas cotas de productividad que concitaron la admiración de propios y de los viajeros extranjeros, incluso de los que procedían de las áreas más vanguardistas de Europa.

Este matiz revisionista de la obra alcanza tal vez su punto más brillante en los dos capítulos separados que van dedicados al análisis de la sociedad y que constituyen la parte más voluminosa del conjunto (44%). No pretendemos resumir aquí un análisis tan vasto y rico donde la superación de tópicos es más abundante. El lector interesado podrá seguir con interés la revisión del régimen señorial valenciano en realidad más extenso desde el punto de vista jurisdiccional que territorial; también comprobar como los procesos de endeudamiento campesino conformaron un mercado muy activo de la tierra donde la burguesía urbana fue el elemento más beneficiado pero no el único; asimismo, como la rica contestación social es vista no tanto desde las claves del antagonismo del feudalismo tardío sino desde la óptica de auténticas "jacqueries" protagonizadas por labradores ricos, abogados y, en fin, poderosos del marco local. Lejos de los debates teóricos sobre si existe o no burguesía en la España del Antiguo Régimen aquí emerge este grupo de ricos campesinos con luz propia adquiriendo un protagonismo especial en el seno de unas sociedades rurales muy polarizadas.

El apartado más reducido de la obra se detiene en el estudio de los indicadores de la coyuntura, en este caso la producción, los precios y la evolución de la renta. Estas páginas aparecen menos ricas en novedades aunque estas no falten a la cita como sucede con el cuestionamiento del diezmo en su etapa final como indicador veraz de la producción en la crisis del Antiguo Régimen o en la revisión de la supuesta alza de la renta real en el setecientos.

Pocas dudas pueden plantearse a una obra tan sólida como la que nos ocupa; tan sólo hacer al hilo de la exposición algunas reflexiones personales sin duda arriesgadas por nuestra parte: a) En el apartado demográfico el seguir asentando la evolución de la población para el seiscientos en el Censo de Caracena de 1609 sin haber sido sometido a unas pruebas adecuadas de control parece arriesgado como asimismo lo es tomar el Vecindario de 1712/13 como punto de llegada conociéndose sus deficiencias y lo difícil que puede resultar el rectificarlo con una base bautismal afectada por las fuertes crisis y la guerra civil. En tales condiciones sostener que la población en el primero de los Censos era sólo ligeramente inferior a la de comienzos del XVIII nos parece cuando menos discutible; b) Tampoco tenemos nada que objetar al buen control que se hace de las obras y testimonios impresionistas de la época para analizar un tema tan crucial como el de los rendimientos pero tal precaución no nos parece la misma cuando se estudian las rotaciones donde tales testimonios parecen extralimitarse en sus optimismos y no parece que nuestra experiencia sobre protocolos notariales avalen ni las 4 cosechas en 2 años como habituales en la Horta ni tampoco las tempranas recogidas del trigo en mayo para hacer viable una rotación del tipo trigo/arroz en el mismo año agrícola además de que el segundo de dichos cereales tuvo una presencia testimonial hasta comienzos del siglo XIX; c) Por último, la historiografía valenciana debería esforzarse en medir, siquiera de manera aproximativa, lo que representa realmente el volumen de las diferentes detracciones sobre el producto bruto campesino ya que sólo así se podría apuntalar más la idea que parece desprenderse de esta obra sobre la defensa de un sistema no demasiado oneroso de exacción.

En fin, pequeñas matizaciones para una excelente obra de síntesis que a buen seguro se convertirá en un punto de referencia esencial para cualquier investigación que quiera emprenderse sobre esta España mediterránea y también constituirá un manual de consulta obligado para profesionales y alumnos universitarios sin menospreciar a los simpatizantes de las lecturas históricas.

José Manuel Pérez García